

agorada por Nietzsche. Este, que vivió tantos años en Basilea y en Sils-Maria encontró seguramente en el país numerosos ejemplares de ellos. La Europa futura que renuncia a erizadas fronteras, que busca agónicamente la unidad, que combate la división y la guerra, va formándose en el seno de esta Suiza pacífica y lenta, estudiosa y sensata.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La madurez en la literatura

EN Chile la literatura es una profesión de juventud. Pocos son los escritores de este país que siguen entregados a las letras pasados los años fatales—cuarenta, cincuenta—de los compromisos de familia y del trabajo rudo y hostil. La mayoría abandona la lucha cuando comienza a necesitar ingresos cuantiosos. Un número más pequeño mantiene el entusiasmo hasta que se insinúan en sus cabellos las primeras canas. Son verdaderos héroes de la jornada los que siguen bregando en esa ingrata lid cuando la cabellera es toda de nieve. Si de los cuarenta años del escritor maduro se descuentan los diez primeros de la vida, en que la existencia es simplemente vegetativa y que sólo pueden servir para almacenar ciertos recuerdos que sin esfuerzo—es cierto—pueden izarse a la categoría literaria, quedan sólo treinta de experiencia. En la vida humana esto es poco, y la obra literaria así lo prueba. Mientras tanto, en Europa la literatura es una profesión de madurez. Hace pocos años, *Azorín* dijo en España que un escritor había dado toda la medida de su talento al cumplir los cuarenta años. Error profundo. La propia obra del maestro de *Blanco en azul* es un ejemplo. Por muchos que sean los libros interesantes, amenos, admirables en fin, que ha escrito Martínez Ruiz antes de la cuarentena, ¿quién se atrevería a juzgarlo sólo por ellos? Después de sus cuarenta años ha dado los frutos más curiosos. Con sus libros de cuentos, novelas y obras teatrales de hoy ha levantado polémicas y despertado la atención de propios y extraños. Es decir, ha hecho obra de juventud.

Es que en Europa, como la literatura es una profesión, el literato puede entregarle lo mejor de sus días. Cuando joven, el hombre pone en las letras mucha pasión, mucho fuego, y eso está bien; pero también hace de ellas un vehículo de sus erro-

res. De allí que la obra de un escritor sea—desde ciertos puntos de vista—una rectificación constante; es decir, fruto de la experiencia. Es preciso—se dice—apuntar muchas veces para dar una vez en el blanco. Esto es efectivo sobre todo en literatura. Si uno tiene en cuenta la edad de los mejores escritores europeos de hoy, siente una admiración sagrada. H. G. Wells combate, después de los sesenta años, contra el prejuicio y la ñoñería, con el entusiasmo de un muchacho, y abraza nuevos géneros y sigue con fervor su prédica ilusionada. Sus novelas de los últimos diez años son distintas—y algunos creen que mejores—a las de su juventud y madurez. André Gide en Francia celebra sus sesenta años con dos novelas, *L'école des femmes* y *Robert*, que vuelven a suscitar cuestiones trascendentales: ¿es clásico? Seguramente; pero si lo es—se dice—, ¿de dónde le viene esa inquietud inexhausta? Mientras tanto, Bernard Shaw piruetea con el humor de un muchacho, y a pesar de sus setenta años y de sus barbas niveas, no le dice no a la vida sino cuando ésta se presenta en forma de *beefsteack* y de alcohol, celoso de su vegetarianismo integral. El propio D'Annunzio, esclavo de su narcisismo, especie de momia viviente, lanza todavía desde su retiro de Gardone páginas trémulas y encendidas. La llama de la vida no se apaga todavía en él; tampoco la de su arte. Y así tantos otros. Hace aún bien pocos años el conde Tolstoy escandalizaba al mundo con dos series de sucesos de la más dispar pareja índole: sus desacuerdos conyugales y sus inaceptables teorías de reajuste social y moral. Tolstoy, sin embargo, tenía ochenta años.

Se ve, pues, que hay una desigualdad profunda entre ellos y nosotros. La fuente de esa desigualdad estriba, a mi juicio, casi exclusivamente en la falta de apoyo que el trabajo intelectual tiene en estos países nuevos, donde se sobrestiman los valores materiales. Don Julio Vicuña Cifuentes, que es una excepción de la regla puesto que ha seguido escribiendo pasada ya la sexta decena de sus años, lo dijo en forma magistral:

Trabajador modesto y retraído, no podía yo esperar en justicia para mi nuevo hijo espiritual (1), sino el éxito discreto que habían alcanzado otros hermanos suyos. Me di entonces a cavilar en las causas que podían haber motivado este, al parecer, ascenso mío en la opinión ilustrada, y como ningún prejuicio oscurecía mi razonamiento, no tardé en darme cuenta de que lo que se quería premiar en mí, no era el mérito del escritor, sino la constancia, casi podría decir la *tenacidad* con que he insistido en la labor intelectual, en un país donde tan brillantes inteligencias se malogran por desfallecimiento prematuro.

(1) Se refiere a *La cosecha de Otoño*, publicada en 1920, libro que le mereció una manifestación pública en la cual pronunció el discurso a que pertenece este trozo.

Convencido de que estaba en lo cierto al discurrir así, mi perplejidad se tranquilizó. Al fin y al cabo, la perseverancia, hija de la voluntad, es una de aquellas virtudes que cualquiera puede reconocerse, sin correr por eso el riesgo de ser tildado de inmodesto. Algunos la confunden con la *majadería*, su próxima parienta, pero es indudable que son dos personas distintas, aunque en ciertas ocasiones llegan a identificarse. (*He dicho*, pág. 125-26. Santiago, 1926.)

Este fragmento es el resumen, la cifra de todo este proceso malaventurado que hace perderse para la vida de las letras a talentos que prometían mucho y que habían logrado no poco. Ya lo sabemos: no se puede vivir de las letras en Chile. Pero no es eso lo más importante: ¿por qué, además, el escritor no desempeña cierto papel social, no goza de la situación de prestigio que corresponde a su efectiva misión en la sociedad? Pasaron ya—¡ojalá para siempre!—los tiempos de la asquerosa bohemia; seguramente uno de los profetas de esa ruina fué Rubén Darío, que abominó de la bohemia pero que fué un bohemio insigne. Hoy no se necesita que el escritor vista mal, se bañe poco, frecuente sitios de degradación y sea una pública vergüenza, para que se le considere como escritor. Sin embargo, el alejamiento entre la sociedad común y el intelectual sigue como en los días en que se justificaba por las malas costumbres del escritor. ¿A qué se debe todo esto? No quiero que este artículo sea sólo una estéril lamentación en torno a la parte de culpa que en ese sino pueda caber al ambiente. Cada escritor debe decirse *el ambiente soy yo*, como pedía Eugenio d'Ors que se transformara el viejo dicho *el Estado soy yo*, del monarca absoluto. Prefiero por eso estudiar el problema desde el otro lado de la barrera.

* * *

Si el escritor no ocupa en la sociedad chilena el sitio que por su carrera le corresponde, seguramente puede achacarse parte de la culpa a la falta de cohesión de los grupos intelectuales. Desde luego es evidente que deben o pueden formar parte de ellos, casi con los mismos títulos, el profesor que el escritor, el periodista que el conferenciante, el poeta que el historiador, el filósofo que el simple estudioso de las letras. Ahora bien, ¿qué lazos de unión, o siquiera de mero conocimiento, de simple cortesía, existen entre todos estos fragmentos de los grupos intelectuales? No es aventurado aseverar que casi ninguno. Hay una clase alta, que se distingue por la posesión del dinero y por la situación social que el dinero faculta; hay una clase media que vive una existencia burguesa y que practica las virtudes

pacíficas y cautelosas de la mediocridad; hay un pueblo que sufre y calla. Pero no hay una clase intelectual, una *élite* de la inteligencia, que debiera orientar y dar rumbos, aun cuando—téngase bien en cuenta esto—no tuviera nada que ver con el ejercicio activo del gobierno. Hace algún tiempo, un político me decía que no recordaba que en Chile ningún escritor o grupo de escritores hubiese jamás propiciado, en las variadas tribunas que se le podían ofrecer, reformas de carácter social, especialmente en los planos moral, artístico, etc. Aun cuando la afirmación de este político pueda parecer exagerada, aceptémosla, y digamos con él: ningún escritor chileno es responsable, ni en mayor ni en menor grado, de reforma social alguna. Esto es grave. Los intelectuales tienen la misión de pensar; segregan ideas de la misma manera que la ostra produce perlas. Si los pensamientos no dirigiesen al mundo, estaría bien que se prescindiera, en pequeña escala si se quiere, del intelectual. Pero la verdad es que el pensamiento es el que dirige al mundo, y ese es el desquite, un poco narcisista del intelectual. Maquiavelo, arrinconado en su escritorio, obligado a practicar una profesión que tal vez desprecie pero que le da el pan que las letras no le dan, aguarda con sonrisa torcida su parte en el botín. Muere el hombre y su obra queda. Pasan los siglos, y la utopía se realiza. La sociedad se ordena como soñó el iluso, y entonces se reconoce el papel del que soñó primero. Lo que le toca como botín es, como se ve, bien poca cosa.

Creo que si el intelectual no ejerce mayor influjo en la dinámica social, ello se debe a la falta de cohesión que existe en sus filas. Pero Grullo dirá: «¿Por qué no se unen entonces?» La verdad es que los intelectuales han nacido para vivir separados y es muy difícil que se unan, salvo en forma transitoria y generalmente tan ineficaz como la desunión misma. Es preciso explicar algo de todo esto. Se supone que los intelectuales viven separados y aun peleados debido a que son envidiosos del éxito del compañero y en el fondo de su ánimo desean todos los males a los de su oficio. ¿Con qué derecho podríamos pretender del gremio de los intelectuales una excepción al proverbio que hace a los de nuestro oficio enemigos de nosotros? Pero es indudable que la fama de irritable que tiene la gente de letras proviene de que todo lo que ella hace, guiada o no por la pasión, queda estampado en letras de molde. Mientras que la querrela entre dos vagabundos se epiloga con sangre y de ella se nos ofrece un extracto en la crónica roja, que se lee y se olvida, de las polémicas y enemistades de la gente de pluma quedan testimonios que el tiempo no borra. Generalmente estos testimo-

nios duran más de lo que pudieran anhelar los contrincantes. No hay más envidia en un escritor hacia su colega que en un gerente de una casa comercial por el de la firma competidora.

Pero además, y esto es lo importante, la gente de letras no se une porque no tiene para qué unirse. Se concibe que se junten once hombres para golpear una pelota, porque si no se juntan once de cada lado, el juego no obtiene cierto rango especial y no logra despertar interés en el público. Pero ¿para qué necesita unirse un novelista con otro novelista? Uno escribe un libro y lo publica, si puede (es decir, si tiene un editor amigo). El otro lo observa de reojo, y en cuanto puede lo imita. No es que sean enemigos ni que se deseen mal. Es que su trabajo es individual hasta la exageración y no hay casi manera de hacerlo colectivo. Las asociaciones de escritores para producir literatura son generalmente transitorias, y cuando son duraderas, lo común es que se trate de hermanos. Hoy mismo los hermanos Tharaud en Francia y los Alvarez Quintero en España prueban lo que digo. Se me dirá que fuera de la faena misma de escribir libros, los escritores tienen o pueden tener otros deberes. Es la verdad. Allí comienza su error de mantener el individualismo, indispensable para la creación artística, cuando ya no tiene razón de ser y hasta es perjudicial al tratar otros negocios.

Los sindicatos profesionales tienen un papel definido en la marcha de la sociedad: defienden los intereses de cada uno de sus componentes y usan para esa defensa el arma más eficaz, que es la unión. Los escritores deberían unirse en sindicatos de la misma manera que hacen otros grupos sociales. En su trato con editores—tanto de publicaciones periódicas como de libros—, los escritores necesitan defensa. La dispersión es evidentemente la culpable de que el trabajo intelectual sea remunerado hoy en Chile con menos esplendidez que en otros tiempos y que en realidad descienda a ojos vistas. Es también el origen de muchos otros daños que sería prolijo enumerar y que darían a este artículo dimensiones más pavorosas que las que ya tiene.—RAÚL SILVA CASTRO.

Las novelas de Januario Espinosa

JANUARIO Espinosa es de los pocos escritores chilenos que ha perseverado en una labor continua y honorable. Nació en Palmilla, cerca de Linares, en el año 1879. Pertenece a una generación que produjo los mejores cuentistas chilenos. De su época es Santiván, que ha callado por mucho tiempo. Conoció a Federico Gana, a Baldomero Li-